

AGENDA CIUDADANA

BATALLAS POR LO DESIERTO

Lorenzo Meyer

El Segundo Frente.- En política, unos conflictos son inevitables en tanto otros son resultado de la voluntad de llegar al choque. En este último caso, y para tener éxito, no sólo hay que elegir bien adversario, estrategia, lugar y momento, sino, sobre todo, la causa. Hace poco el presidente Vicente Fox dio una batalla por propia decisión pero sin motivo que valiera la pena...y perdió. No, no me refiero a su publicitada lucha por excluir a un líder de la izquierda de las elecciones presidenciales del próximo año, sino a otra, menos comentada, que tuvo lugar en el ámbito interamericano, y cuyo objetivo era ganar por cinco años y para el secretario de Relaciones Exteriores, la poco atractiva secretaria ejecutiva de la Organización de Estados Americanos, (OEA). Al final, Fox no logró lo que buscaba, y es posible sostener que también en este caso, al perder su batalla, el interés nacional ganó. Sin responsabilidad especial en la OEA, el gobierno de México ha disminuido las posibilidades de verse indirectamente involucrado en decisiones que, de tenerse a un mexicano al frente de la organización hemisférica, le hubiesen podido enfrentar con Estados Unidos u otros países latinoamericanos.

No hace mucho, el presidente se definió a sí mismo más como empresario que como político, y todo indica que tal autodefinición es correcta. En particular si se examina su política exterior, área en la que no tenía experiencia al asumir el mando en el 2000 –algo que también le ha sucedido incluso a líderes que dirigen imperios, como es el caso de varios presidentes norteamericanos en épocas recientes-- y donde ha cometido errores claros. La falta de conocimiento en el manejo presidencial de las variables externas siempre se puede compensar mediante la creación de un buen equipo de asesores, como lo ha hecho, con

éxito, Luis Inacio Lula da Silva, el presidente de Brasil. Sin embargo, este no parece haber sido el caso en México.

Un ejemplo reciente de falta de claridad en materia de relaciones con el mundo externo, se tiene en la infructuosa lucha gubernamental por lograr la secretaría general de la OEA, una organización interamericana formada en el arranque de la Guerra Fría (1948) e influida desde entonces por tal hecho. Supuestamente, esa organización tiene como misión encauzar el esfuerzo continental para protegerse de un entorno mundial inseguro y para desarrollar económicamente a la parte pobre del continente. La realidad ha sido muy otra. Desde el inicio, la OEA fue convertida en un instrumento de la hegemonía hemisférica norteamericana; el desarrollo económico y social del Caribe y Latinoamérica nunca fue prioritario.

El esfuerzo, finalmente inútil, del gobierno de Fox por obtener para uno de los suyos la dirección formal de esa organización hemisférica, posiblemente pasará a la historia de la política exterior mexicana como un episodio inexplicable, pues fue un esfuerzo que no debió de haberse intentado pues el objeto del deseo no lo valía. Para México, la búsqueda de la dirección de una OEA sin prestigio ni utilidad clara significó, en primer lugar, el haber chocado no sólo con el gobierno que pretendía el puesto –el de Chile--, sino también con la mitad de los países del hemisferio que le apoyaban. En efecto, los 17 votos originales a favor del candidato chileno destacaron no sólo por su cantidad sino por su calidad, pues incluyeron a lo más importante del sur iberoamericano: Brasil y el Cono Sur.

Confrontarse políticamente con otros gobiernos latinoamericanos no es, en si mismo, algo negativo. Sin embargo, tal desencuentro sólo tendría justificación si el motivo valiera la pena –como cuando hace cuatro decenios, México decidió no seguir a la mayoría y no rompió con Cuba--, pero definitivamente la secretaría ejecutiva de la OEA no lo vale.

Una Manzana de la Discordia Podrida.- La OEA --una organización regional financiada en un 60% por Estados Unidos--, nació sin estrella y sigue sin tenerla. Veamos rápidamente su biografía. En los años treinta del siglo pasado, la “Política de la Buena Vecindad” diseñada por el gobierno norteamericano de Franklin D. Roosevelt, significó un cambio histórico en la relación de Estados Unidos con Latinoamérica y, por ello, fue bien recibida. La América al sur del Bravo, se ilusionó entonces con el compromiso norteamericano de dejar atrás su costumbre del intervencionismo unilateral. La II Guerra Mundial, y con la excepción de Argentina, fue el factor que llevó a niveles sin precedente la coordinación del continente bajo el liderazgo de Estados Unidos. Sin embargo, la “buena vecindad” no resultó ser el cambio permanente en la naturaleza de las relaciones hemisféricas que imaginaron México y los latinoamericanos, sino un fenómeno coyuntural que no sobrevivió más allá de 1945. En efecto, Washington empezó a dismantelar esa política de cooperación incluso antes de que se rindieran los países del Eje, pues para entonces ya habían cambiado sus prioridades (véanse al respecto los dos libros sobre la materia de Bryce Wood).

Fue el ambiente post “buena vecindad” y de inicio de la Guerra Fría, lo que dio lugar al surgimiento de la OEA --que nació en Bogotá, justo en los días de la gran rebelión popular conocida como “el bogotazo”, producto del asesinato del carismático Jorge Eliécer Gaitán— y al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. La localización de la sede de la organización también influiría en su espíritu, pues esta sería Washington, donde ya estaba quien le antecedió: la Unión Panamericana. Desde el inicio, el interés central de la OEA no sería la cooperación para el desarrollo hemisférico sino el “mantenimiento de la paz y la seguridad del continente”, es decir, el anticomunismo.

En los años sesenta, la energía de la organización se dirigió contra el régimen revolucionario cubano en nombre de una “democracia representativa” que, en realidad, no existía o desaparecería pronto en el grueso de los países latinoamericanos, México incluido. Por otro lado, el principio de “no intervención”, supuesta base de las relaciones entre los gobiernos del hemisferio, no fue respetado. En 1954 el gobierno norteamericano organizó el derrocamiento del gobierno de Guatemala por considerarlo de izquierda y la OEA no hizo nada por evitarlo (véase el trabajo reciente sobre el tema de José Luis Valdés Ugalde). Por otra parte, en 1965 la organización prestó un hipócrita velo de legalidad a la invasión norteamericana de República Dominicana. Desde luego, la organización no sirvió para nada cuando en los 1980 Washington dio apoyo abierto a la “contra” nicaragüense ni cuando Estados Unidos invadió Grenada (1983) o Panamá (1989). En fin, que la famosa seguridad continental no significó otra cosa que una inefectiva declaración de la OEA cuando el imperialismo británico chocó con el militarismo argentino en las Malvinas (1982).

Es verdad que tras la Guerra Fría, la organización interamericana ha intervenido con relativa eficacia en apoyo de elecciones creíbles en ciertos países y de un referéndum en Venezuela, y que con la firma del protocolo de Washington de 1992, el tema de la defensa de los derechos humanos se convirtió en algo más que un mero papel. De todas formas, la OEA nació marcada —tiene el sello de la Guerra Fría y del predominio de la agenda norteamericana— y esa marca sigue visible hasta el día de hoy.

Misterio. ¿Por qué el gobierno de Fox se arriesga a que se le identificara con una OEA que carga con una historia tan negativa?

Cuando el actual gobierno aún podía y quería cobrar el “bono democrático” que ganó en el 2000, se propuso, entre otras cosas, lograr un asiento como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (ONU). La Secretaría de

Relaciones Exteriores presionó hasta lograr un objetivo que la prudencia aconsejaba no buscar. El resultado ya lo sabemos: mientras México estaba en el Consejo, maduró y estalló la crisis final entre el gobierno de Bagdad y el de Washington. De pronto, nuestro país se encontró en la ONU en medio de un fuego cruzado diplomático. Habiéndose metido por voluntad propia en la zona de fuego político internacional, y para salvaguardar algo de los principios clásicos de la política exterior mexicana, Fox tuvo que sacrificar sin ganancia buena parte del capital político que había invertido en la relación personal y de gobierno a gobierno con George W. Bush y Washington. Así fue como de la noche a la mañana se enfriaron las relaciones del presidente de México con la superpotencia mundial --con la que llevamos a cabo el 90% de nuestro intercambio comercial-- y de cuya voluntad depende la solución de un conjunto de problemas sustantivos para nuestro país.

Hoy, en el campo de responsabilidad de la OEA se mantiene vivo el viejo conflicto entre la Cuba de Fidel Castro y Estados Unidos --remanente de la Guerra Fría. Entonces ¿a que interés mexicano le hubiera servido tener un secretario de la organización hemisférica que tuviera que meterse y actuar en ese pantano? Además, nadie sabe como evolucionará el conflicto cada vez más abierto y serio entre Venezuela y Washington. Si un antiguo secretario de la OEA, el ex presidente colombiano Cesar Gaviria, salió con varios raspones al tener que intervenir en el referéndum que se llevó a cabo en ese país a propósito del choque entre Hugo Chávez y sus opositores, para su sucesor la situación podrá volverse aún más difícil si sigue en ascenso la escalada Caracas-Washington. ¿Para qué meter a México en ese problema por la vía de un secretario de la OEA?

Imaginar.- No tuvo sentido haber invertido recursos para poner a un mexicano al frente de una organización frente a la que, desde hace más de medio siglo, nuestro gobierno había intentado mantener a una “sana distancia”. Antes de lanzarse a tamaña aventura,

“Los Pinos” y Tlatelolco debieron de haber imaginado el costo que hubiera tenido el ver al mexicano obligado a desempeñar un papel activo en cualquier crisis hemisférica en los próximos cinco años. Si en el hipotético caso de haber logrado la secretaría de la OEA, llegara a comportarse como instrumento de Washington, el desprestigio alcanzaría a quien lo puso en esa posición: el gobierno mexicano. Si, por el contrario, el dirigente de esa organización que ya tiene serios problemas económicos, chocase con los lineamientos e intereses norteamericanos, las presiones y represalias podrían extenderse a su base de apoyo: el gobierno mexicano. En este último caso, abandonar a su suerte a un hipotético secretario mexicano de la OEA, sería vergonzoso pero apoyarlo significaría pagar las consecuencias, como sucedió en el 2003 con Adolfo Aguilar Zinser en su calidad de representante mexicano en el Consejo de Seguridad de la ONU. Y es que en las condiciones actuales, México es particularmente vulnerable a las represalias de unos Estados Unidos dominados por sus “halcones”, que ya han demostrado ser poco tolerantes con quienes los contradicen en política exterior.

Costos.- Al final lo peor no pasó y finalmente la cabeza de la desprestigiada Organización de Estados Americanos no es un mexicano. De todas maneras, tampoco pasó lo mejor: haber evitado a México una derrota pública y muy simbólica pues, entre otras cosas, puso de manifiesto la gran distancia que separa al México del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte del grueso de los países latinoamericanos, donde la influencia de Brasil es cada vez más evidente. Además, México insultó gratuitamente a Chile al negarle al candidato chileno triunfante un voto que ya no tenía ningún significado sustantivo, sino sólo simbólico. Faltaron elegancia y generosidad y sobró resentimiento.

Con el apoyo de Brasil, Argentina y, desde luego, de Chile, el nuevo secretario de la OEA, un político de izquierda, con gran experiencia y evidente compromiso democrático,

podiera llegar a tener alguna oportunidad de usar su puesto para hacer de la organización hemisférica algo distinto de lo que es hoy. Por el bien de nuestro proyecto nacional y del latinoamericano, hay que apoyar a José Miguel Insulza y desearle a él y a Chile mucha suerte, pues la van a necesitar.